

# DE LA MEDIOCRIDAD

ALFREDO DE LOS RÍOS

Profesor Universidad de Antioquia

Me acerco a los setenta y cinco años y se me aparecen inquietudes asociadas a *El hombre mediocre* de José Ingenieros y a *El hombre sin atributos* de Robert Musil. No he sido un infeliz, eso siempre lo he creído, pero me pregunto si he sido acaso mediocre. Mediocridad e infelicidad son asuntos diferentes. Decir que alguien es infeliz tiene algo de juicio moral. En el canon de la búsqueda del sentido de la vida, el logro de la felicidad es una de las metas más buscadas, no necesariamente la más encontrada. Cuando hablamos en serio sobre la felicidad el asunto se complica. No pretendo discutirlo ahora, ni tengo a la mano una definición acertada de felicidad, entre otras cosas porque no está claro si es un instante o una emoción fugaz —como la alegría— o si es un estado de ánimo más largo y persistente o quizás un estado del alma, como la bondad o la templanza. La felicidad tiene, digamos, perspectiva y en cierto modo profundidad. Es algo que parece lograrse luego de muchos esfuerzos que en sí podrían no ser felices. Allí aparece la noción del tiempo, porque implica algo de duración, aunque no tiene que ser permanente. Es posible que se pueda señalar como feliz a una época, a una etapa de la vida o a un período en el cual se suscitaron eventos y emociones que se sintetizan en felicidad. Sin embargo, más allá de la descripción simple y cotidiana, el concepto de felicidad se remonta a un nivel

*FOW-02, figure on White, Salman Khoshroo*





más existencial, no exento de sustancia filosófica, que a veces abarca la vida entera y solo puede expresarse al final de una existencia. Está en relación con haber logrado los ideales y con una especie de satisfacción gozosa del sentido de la vida. Pese a no quedar contento con esta sencilla digresión, creo que empieza a delimitarse un cierto nivel de diferencia con lo de la mediocridad, que si volvemos al canon, o listado de metas en la vida, pareciera que no tiene una clara presencia en esa suma de lo que debería lograrse o evitarse. En otras palabras, la mediocridad no es buena ni mala, para la mayoría es la única opción de registrar su paso por la existencia.

Desde el punto de vista de los rasgos básicos de nuestra sociedad, el ser mediocre no es algo tan nítido como ser honrado o conflictivo, desleal, perezoso, corrupto, desordenado, manipulador. Tampoco se le reconoce como una virtud o una cualidad distinguida. No es lo que caracteriza a los líderes ni a los creadores. No es apreciada como el don de gentes ni tampoco es fácil de definir como lo que llamamos carisma, que nos hace pensar en una aureola muy singular. Mediocre es el del medio, un poco perdido en la masa, su color no es blanco ni negro y tampoco brillante. Es el reino de los grises. No está en los extremos, sino bajo la campana de Gauss. En parte es prototipo, no deja de ser un modelo por lo común, no por lo extraño o perfecto. Un mediocre tiene su valor por haber permanecido en el medio. Alguien diría que en el medio de la nada. Pero al menos no se fue al fondo y tampoco permaneció en la superficie.

Sin embargo, con esa enumeración, que puede continuar hasta el límite del absurdo, temo que he sido “casi” un mediocre, porque algunos detalles dieron cuenta de mi singularidad y de hecho no quedé totalmente diluido en los tonos neutros de la paleta vital.

El fracasado es más consciente por haber intentado algún objetivo ambicioso y no haberlo logrado: “fracasó en el intento, una o varias veces”. Para identificarse con esa categoría debería haber sido derrotado en algo semejante al proyecto vital, que opera como una especie de agenda abstracta e implícita propuesta por el contexto —por el Otro dirían los psicoanalistas—. Por ello su fracaso no es, por ejemplo, el de hacer o tener un negocio y perder allí tiempo o dinero, sino que esa aptitud para perder se convierte en el sello de una vida. Se podría también utilizar el término fallido: “falló el tiro”. En este caso se ampliaría a “vida fallida”. O a “Estados fallidos”, como se dice en los análisis políticos de países que no logran integrarse a la modernidad. El asunto se complica cuando otros términos o vocablos compiten con su semántica, para ser más abarcadores o más exactos. Por ejemplo el de perdedor (el *loser* del cine y la literatura gringas) o, en cierto sentido, derrochador y derrotado. Algunas veces se usa incapaz, pese a que en su sentido original significa falta de capacidad o de herramientas para obtener el logro más que por no poder llegar al éxito de una empresa. Por ello podría existir, y parece frecuente, una persona capaz pero fracasada; capaz al intentar algo posible, pero que falla en el intento; capaz y dotado de



las armas adecuadas para una lucha, no obstante es derrotado. Y volviendo atrás, también está el capaz que es a la vez mediocre, porque la capacidad es potencia, posibilidad, no necesariamente éxito o triunfo en el empeño. De mediocres con grandes capacidades está lleno el mundo.

Quizás, y aquí habría que matizar, un mediocre en sentido estricto no es necesariamente un fracasado. Lo llega a ser solo si el nivel de su objetivo o ideal buscado no es alcanzado. Pero también implica algo distinto: que logra su cometido sin destacarse, que lo asume en el conjunto de sus iguales, pero que su cabeza y su rostro no se elevan sobre la multitud. Es un músico que interpreta la partitura correctamente, que no desentona en el conjunto, que el director de la orquesta no lo fustiga ni le reclama, que apoya con su instrumento el producto final, pero no tiene virtudes individuales, o no las ejerce. No logra ser solista o concertino, ni tampoco aspirará a remplazar al director, ni lo exalta el aplauso del público por su singularidad.

Ese es un verdadero mediocre: es capaz, no tiene que ser infeliz, salvo que se amargue su alma por la envidia con sus pares no mediocres; no está derrotado, no es un fracasado ni derrochó sus capacidades sin sentido. Tampoco tiene que ser un perdedor —el uso y el abuso de este sustantivo que funciona como adjetivo moral es muy complejo— porque mediocre no siempre implica ser débil, marginal o que en la competencia de la vida siempre es el segundo, el tercero o el último; un mediocre puede ser incluso un ganador sin proyección y, visto en un evento o en un período corto, puede ser exitoso, campeón o líder, pero su destino es que no sabrá qué hacer con esos triunfos parciales porque está programado para estar en el medio, en el centro de un grupo, no en su cola ni en su cabeza. Aunque ocasionalmente se adelante o se atrase, su lugar está en una dimensión no visible, porque se diluye en el conjunto. Cuando se utilizan metáforas marinas, con frecuencia se dice “está en la cresta de la ola”. Lo que implica que debajo de ella, e incluso lo que no es ola visible, pero si masa acuática infinita, hay millones de gotas. Es imposible diferenciar una gota que viniese en forma de lluvia desde una nube gris. ¿Dónde está la gota? En la masa. Sin embargo esa masa líquida y movediza es una sumatoria no medible de gotas: cada una de ellas es una mediocre y necesaria partícula de ese conjunto.

Con todo eso puedo decir que siempre supe y se me dijo que tenía grandes capacidades. ¿Para qué? Quizá para aprender, para innovar, para hacer las cosas bien, incluso para liderar proyectos o grupos, para conducir a otros hacia su propio éxito, para armar una empresa humana. Tuve logros y satisfacciones en el estudio, en hacer las cosas bien o en ayudar a otros en sus empeños. El ejercicio docente me permitió abordar, utilizar y aplicar el conocimiento en mi campo respectivo; también en las relaciones con otros: alumnos, colegas y pacientes, a quienes, creo, logré motivar y ayudar a avanzar en sus búsquedas; incluso como amigo ejemplar tuve éxitos. En el liderazgo y también en la innovación, he tenido pobre desempeño. He sido como alguien con “madera de líder” que derrochó esa madera más en hacer fuego, que en convertirla en objetos útiles u obras de arte.

He tenido de forma no muy visible, pero siempre nítida, una especie de aversión por el poder o por el mando. En todos los lugares donde me moví: desde la familia, con las amistades, las instituciones y los trabajos, siempre tuve la opción de ser dirigente, jefe, modelo, autoridad, figura. Pude haber sido jefe de área, decano o algo superior. Sin embargo, con fobia profunda evité esas opciones. Tampoco cedí a las veleidades de ser político: ni participante en grupos o partidos, o cabeza de una comisión específica, ni alcalde de un pueblo, ni concejal con proyectos populares. Quizás solo miembro de juntas en entidades solidarias, de ayuda social, o en contadas ocasiones, en empresas culturales. En el momento necesario me escondía, huía como de la peste de lo que tuviera que ver con burocracia, figuración, decisiones importantes. Lo confieso: evadí las responsabilidades públicas. Cuando me señalaban o ponían mi nombre en las listas, yo salía como los personajes de la escena teatral haciendo mutis por el foro.

El campo de lo que ahora llaman ética ciudadana lo restringí a mi ámbito personal: obedeciendo leyes y normas de la *polis*, siendo puntual y exigente con el tiempo, sea para las clases y seminarios, con los pacientes, con las citas y compromisos diversos, practicando cierta ecología de la vida cotidiana, funcionando como un vecino tranquilo y respetuoso, pagando los impuestos, cumpliendo plazos, amortizando deudas y créditos, siendo un conductor prudente, no exponiéndome al escándalo y al histrionismo social.

Lector aplicado y cinéfilo irredento. Es factible que haya sido transgresor en la esfera privada. He pasado por librepensador, por anarquista en diversas opiniones, columnista de prensa irreverente, escritor de algunos cuentos poco memorables y ensayista sin suficiente vuelo. Amplio en conductas sexuales: nunca pude dejar de tener fantasías con personas conocidas y desconocidas, miradas inquisitivas de los cuerpos ajenos o propuestas indecentes, sin llegar al acoso. Pude haber pasado como ateo, irreligioso, escéptico frente a valores establecidos. Nunca fui políticamente correcto, ni gobiernista, siempre cercano a grupos marginales o a la oposición. Jamás voté por los que ganaron. En ese sentido siempre fui de la cauda de los perdedores políticos, de los utopistas, ilusos o románticos del cambio. Más izquierda que centro, marxista académico, lector sin afanes de *El capital* y de numerosos escritos canónicos de Lenin y Mao. Fui amigo de la Revolución Cubana, pero a la larga preferí más su música y sus canciones que su política. No obstante, a la hora de las militancias, de las reuniones o trabajos de campo, con frecuencia me escabullía. Aparecían las disculpas. Aplazaba los compromisos y poco a poco me volvía a diluir en la inacción y en el autismo intelectual.





Comprender la mediocridad puede tener sus visos de complejidad, más cuando se la intenta aplicar a la propia condición. Me siento mediocre, en el mundo y en los ideales de José Ingenieros, porque en ese ámbito la figura del hombre superior representa el modelo propio de la modernidad. El hombre superior es racional en las ideas y eficaz en la acción, en especial en el terreno de la transformación cultural y del liderazgo social. Puede ser personificado con mayor justeza en la figura del político, en su vertiente de conductor de sectores sociales y de servidor de la comunidad, como verdadero administrador y transformador de los asuntos de la *polis*. Para Ingenieros, el político y líder social era el verdadero hombre superior, cuyo destino, por encima del hombre de la masa, es desenvolver la historia y crear un futuro promisorio para una región o nación. No fue ese ni será mi papel en el mundo, más cuando nuestros hombres políticos reales son todo lo contrario de ese perfil de hombres superiores. También allí puedo aparecer como un hombre fracasado porque tampoco represento el ideal del hombre exitoso en esta sociedad, sea porque nunca logré gran prosperidad económica, el ascenso social del empresario ascendente o el del intelectual, investigador o científico reconocido.

De nuevo reaparece la imagen de la felicidad. Aunque parezca paradójico, reitero que por lo menos en mi vivencia he sido un hombre medianamente feliz, más en el plano de las pequeñas situaciones existenciales, pese a que no siempre fueron triunfos visibles. Habría que hacer un inventario más profundo de lo que significaron en esa manifestación de felicidad (siempre relativa) los asuntos nunca totalmente satisfactorios del amor, la sexualidad, la propiedad, la conciencia social, la diversión o el goce lúdico. El sentido de felicidad es algo difícil de medir. Es más bien una complacencia subjetiva en el plano de la existencia básica del ser humano.

Sin embargo, todo ello tampoco me acerca a ser en mi medio un “hombre sin atributos” genuino, que no es lo que parece significar. Ulrich, el personaje de la asombrosa y compleja novela de Musil, no es un mediocre convencional sino alguien cuyos atributos no son aplicados en la decadente sociedad de su entorno. Es en cierto sentido un revolucionario pasivo cuyos atributos son potenciadores del cambio, no de la permanencia. Mi aversión a ser un prototipo exitoso en el medio y el deseo de expresar mis ideas y diferencias, ya sea en el ámbito académico, en el plano de mis relaciones personales o en los contenidos de algunos de mis escritos, quizás vayan en esa dirección. Y todavía me quedan ambiciones de producir algo mejor y de mayor alcance, aunque ya mi tiempo sea corto, que me acerque un poco a esa condición musiliana y me pueda salvar de quedar sumido en una mediocridad total sin redención alguna. ■